



# LOS INTELLECTUALES TORNAN A CRISTO

RAISSA MARITAIN

PARIS

**N**O PUEDO escribir tu nombre, oh ciudad querida, sin una profunda nostalgia, sin un inmenso dolor; quizá no te vuelva a ver ya más en la vida, no sé si te habré abandonado para siempre.

Tú alimentaste mi alma con la verdad y con la belleza, tú me diste a Jacques y a mi padrino León Bloy, y a tantos amigos inapreciables que allí embellecieron los días de nuestra vida.

¡Oh ciudad de tanto sufrimiento y de tanto amor! ¿Quién podría hablar dignamente de la ofensa que te ha sido hecha? Sólo David y Jeremías. Ciudad sin defensa cuando fué necesario defenderte con las armas de este mundo, que no supieron prepararte, pero ciudad también imperecedera y poderosa por las obras con que has enriquecido a la tierra, por los santos, con que has poblado el cielo; ¡oh, símbolo de la belleza, oh, memorial de la cristiandad!

Ciudad muy pecadora también, pero ¿quién está exento del pecado? Ciudad donde el bien se abre paso a través del mal, y la verdad a través del error; capital de la libertad.

¡Cuán ligero es tu aire y qué sereno tu cielo gris! Tus monumentos armoniosos y delicados ¡con qué pura discreción cuentan una historia tan larga, tan trágica y tan maravillosa! ¡Oh, ciudad de Santa Genoveva y de San Dionisio, ciudad de Psychari y de Peguy, ciudad de Racine y de Pascal, de San Vicente de Paul y de las Hermanas de la Caridad.

Ciudad de los poetas y pintores gloriosos. De Víctor Hugo y Boudelaire. Ciudad de la Concordia y de los Campos Elíseos; ¡cátedra de Santo Tomás! ¡trono de San Luis! ¡sede de Nuestra Señora!

Joya preciosísima de la belleza universal, ¿de qué rey, de qué pueblo rescatado adornarás la corona? Que sea la del Rey de la paz y de la justicia, la de un pueblo de humanidad y cordura. Y que pronto Dios te levante de tan grande humillación.

¿Cuándo empecé a sentir cariño por tí París? No podría decirlo, eso es obra del tiempo. Es necesario mucho tiempo, aún para las personas mayores, para lograr comprender el alma y el lenguaje de una ciudad, con mayor razón para un niño que viene de tan lejos, por su raza y por el lugar de su nacimiento.

Mi primera impresión fué de tristeza. Llegábamos en una mañana de niebla y de lluvia. Desembarcamos en la estación del norte; de allí, a la calle de los Francs-Bourgeois donde habitaríamos algunos días, tuvimos que atravesar barrios ruinosos y sin gracia. Mi

padre nos esperaba, nos reuníamos de nuevo, sentíamos toda la gravedad de aquel momento en que una nueva vida empezaba para nosotros.

Pero empezaba con severidad. En la calle de los Francs-Bourgeois sólo disponíamos de dos piezas en una casa bastante oscura y que me pareció muy fea; no era nuestra espaciosa mansión de Marioupol, no había patio para los niños, ni flores, ni estación con vehículos de toda clase, con trineos de formas graciosas como allá en la casa de nuestros vecinos, donde tanto nos gustaba jugar. Nada de eso, sólo piezas oscuras, una casa gris, una calle estrecha.

Muy pronto abandonamos la calle de los Francs-Bourgeois y nos fuimos a la calle de Montreuil, más cercana a la periferia de la ciudad y por lo mismo más aireada. Nuestra vivienda era también un poco más grande. No recuerdo casi nada de aquellos dos o tres meses que transcurrieron desde nuestra llegada hasta el 1º de Octubre, día en que se iniciaban las clases. Mis padres, que al abandonar Rusia ignoraban completamente el francés, lograban ya salir del paso milagrosamente; jamás he podido comprender cómo hicieron para que en aquel entonces nunca nos faltara nada. Vivíamos en paz, Vera y yo, junto a nuestros buenos padres, sin sospechar siquiera las dificultades que también nos esperaban a nosotros. Las encontramos aquel día de nuestra entrada a la escuela comunal del "Passage de la Bonne-Graine".

### El "Passage de la Bonne - Graine"

Era una escuela pequeñita, con cuatro clases solamente, para las niñas de seis a doce años. Cuando papá, que nos había llevado, nos dejó en el patio de recreo, nos encontramos repentinamente muy solas e invadidas de miedo. En aquel momento sentí por vez primera que era extranjera, en un país que no era el mío. Sin embargo, las profesoras nos miraban con gentileza y compasión. Nuestras compañeritas se agrupaban a nuestro alrededor, prodigiosamente extrañadas, delante de estas "Rusos", —¡cómo se puede ser rusa!— que no sabían hablar ni siquiera el sencillo lenguaje francés, como la más pequeñita de todas ellas.

Nos separaron, y entonces nuestra amargura se hizo más honda todavía. A mi hermana la dejaron en cuarta y allí aprendió a leer el francés con toda naturalidad, al unísono con sus compañeritas. Pero a mí, porque era mayor y porque sabía algo de la lectura del francés, me dejaron en segunda.

A los diez años empezaba de nuevo mi vida. ¡Dónde estaban aquellos años felices, aquellos tres años de estudios en el Liceo de Marioupol! Dónde aquellas salas de clases altas y relucientes de limpieza, aquellas grandes salas de recreo y de baile provistas de entarimados brillantes cual espejos, aquellas "señoras de clase" vestidas elegantemente, pero con modestia de religiosas. ¡Cuán lejos estaba todo eso! Aquí, pequeña extranjera, ¡qué extraño me parecía todo! esta escuela exigua, estas maestras que más parecían madres de familia, estas escolares sin uniforme con sus vestidos desiguales y sus feos delantales. Experimentaba la sensación de una derrota, pero esto fué de corta duración. Muy pronto me puse a querer a mi escuela como había querido a mi liceo. Tanto sencillez, la bondad de las maestras, la gentileza de las niñas que me acogieron y me trataron con cariño, contribuyó a que yo me sintiera más ambientada y pudiera así libertarme de todo timidez. Todo eso fué para mí un gran auxilio, sobre todo durante los quince primeros días que fueron una prueba trágica. Me dedicaba con todas mis fuerzas a seguir las lecciones, pero no lograba horadar las tinieblas del lenguaje desconocido. Al fin de la quincena, misericordiosamente, la maestra no puso ninguna nota en mi libreta.

Sin embargo, en esas tinieblas debía realizarse un profundo trabajo. ¡Misterio del conocimiento! ¿Cómo, entonces, se establece contacto entre lo conocido y lo desconocido? ¿En qué profundas regiones habitan las identidades del lenguaje? ¿Cómo un niño aprende una lengua extranjera? Mi experiencia personal me induce a creer que no es solamente por la asociación de conocimientos particulares; no se trata sólo de una cuestión de vocabulario y de memoria; la inteligencia no realiza un trabajo de mosaicos (así aprendo hoy el inglés, desgraciadamente) no, recibe comunicación de una forma específica en la que se encuentran encerradas todas las particularidades de la lengua, como están en la bellota todas las de la encina. A partir de allí no nos encontremos ya, en realidad, frente a una lengua

extranjera, aprendemos "nuestra propia lengua" cuyo don hemos recibido como un don poético.

Para mí todo pasó como si aquellos quince días de atención intensa me hubieran introducido en las fuentes secretas de la lengua francesa, como si me hubieran dado la intuición de su genio formador. Porque desde entonces tuve para con las palabras nuevas y para con las reglas gramaticales que recién aprendía, la misma familiaridad de las francesitas a quienes nunca tal vez una expresión francesa o una particularidad en la estructura del lenguaje, debió parecerles extraña o extranjera.

Súbitamente se rasgó el velo. A partir de la segunda quincena ya disponía de conocimientos suficientes para comprender las lecciones, redactar las tareas, incluso para acertar en una pequeña disertación francesa, y entonces llegué a ser la segunda alumna de la clase. No conservo estos recuerdos por un afán de mezquina vanidad; todas sus fuerzas de mi alma infantil convergían a este primer combate ansiosas de sobreponerse a las dificultades de la vida. En la quincena siguiente, obtuve el primer puesto, después el tercero, luego el primero otra vez y, desde entonces, quedé para siempre a la cabeza de mi curso. Pero es explicable: una vez en posesión del pequeño vocabulario de la niñez, tuve sobre mis compañeras las ventajas de mis estudios en Rusia, que estaban en un plano superior al de los de la escuela comunal. También me ayudaba en mis esfuerzos de superación el sentimiento de un deber sagrado: sabía que mis padres habían abandonado Rusia sufriendo las penas del destierro, de la pobreza y de la separación de los seres queridos, (a quienes no volverían a ver), sólo por asegurar el porvenir de nuestros estudios y las condiciones de una vida digna y libre, al amparo de las vejaciones antisemitas. Todo lo sacrificaron en sus anhelos de que mis estudios se realizaran en la mejor forma posible. Habían comprendido, mucho antes de que yo misma lo supiera, que ella importaba la felicidad de mi vida.

Muy pronto comprendí que los padres de mis compañeras no eran como los míos. Todas debían aprender un oficio. Sabían que sus padres no podrían mantenerlas por mucho tiempo, ellos mismos se lo repetían. . . ¡Qué extraño me parecía eso! Mis padres, a pesar de la pobreza que había seguido a la comodidad de que gozaban en Rusia, no me hablaban más que de mis estudios, de su orientación, de la Universidad a la cual debía ingresar. Fué así como a los naturales sentimientos de afecto que me unían a ellos, se agregó muy pronto el de la más viva gratitud. Me esforzaba por corresponderles, y, siendo la mayor, me sentía en cierto modo solidaria de las responsabilidades de la familia.

Vencidos los primeros obstáculos, avanzamos con toda naturalidad en nuestros estudios, como nuestras compañeritas francesas. Me habituaba a costumbres escolares nuevas para mí. En Rusia, no existían otros medios de emulación, otras sanciones, que las notas trimestrales, y a fines de año un diploma de estudios con una mención más o menos honorable y aduladora. Aquí, daban todos los días "puntos buenos" y "puntos malos". Al fin de la semana había una distribución de "cruces" más o menos grandes, más o menos bonitas, según el número de "puntos buenos" obtenidos. Y estas cruces se llevaban prendidas durante toda la semana sobre el delantal o el vestido, en el pueblo como en la escuela. Una libreta de notas que se entregaba cada quince días, y que debía ser firmada por los padres, indicaba el puesto de la alumna en su curso respectivo. Cada tres meses había una distribución de "recompensas". Eran cosas de poco valor, pero revestidas para nosotras de intensa poesía: cajas de labor, lanas y sedas para bordar, papel para escribir cartas puesto en escritorios de cartón, lápices de colores y de pastel.

¡Cuán bello, extraño y precioso parecía todo eso a nuestra sencillez, a nuestra pobreza!

Por fin, en el mes de Julio, coronando el año escolar, se llevaba a efecto la solemnemente "distribución de premios". Las niñas se presentaban entonces adornadas como ángeles, con sus cabellaras encrespadas y sueltas por el suplicio de una noche en "papillottes". Las personas encargadas de entregar los premios ponían con toda gravedad sobre esos hermosos cabellos diademas de rosas blancas o coronas de laureles, de oro y plata. Cada ramo tenía su "premio": premio de ortografía, de recitación, de cálculo, de historia, de gimnasia, de dibujo. . . Por sobre todos estaban el de Honor y el de Excelencia. Eran libros hermosísimos, encuadernados con tafilete rojo, o verde, o azul, y con cortes dorados. El premio de Excelencia era de un inmenso grosor, una niña de doce años, apenas si podía llevarlo.

Una particularidad de esta escuela era el premio de "buen compañerismo". Las mismas alumnas lo atribuían por medio de votación. Consistía en una medalla de la ciu-

dad de París, que llevaba grabados el nombre y apellido de la "buena compañera" elegida. Recuerdo con emoción la gentileza de mis compañeras, a pesar de que dentro de mi gravedad infantil muchas veces debí mostrarme ridículamente rigurosa. Cuando la maestra tenía que ausentarse —nunca lo hacía por largo tiempo— me encargaba la vigilancia de la clase, y yo anotaba en el pizarrón a las de buena y mala conducta con severo rigor. Una vez, en cuanto la maestra se fué, ¡todas enloquecieron! Se pusieron a gritar con todas sus energías, a disputarse, a moverse y a agitarse como diablillos. En vano les supliqué que guardaran silencio y trabajaran. Llena de indignación y desesperación, fui, entonces al pizarrón y tomando la tiza, cual espada de justicia, inscribí el nombre de todas las alumnas en la columna de las desordenadas, y el mío solo, en la de las de buena conducta. La maestra, que apareció de pronto en la clase revuelta, se detuvo sorprendida y me interrogó sobre lo ocurrido. "Todas estaban en desorden, contesté, sólo yo observaba buena conducta". Toda la clase, con excepción mía, fué castigada. Pero las niñas no se enojaron. Al contrario, "Raissa es justa", decían y me consideraban "buena compañera".

#### - Hallazgo de la poesía

Después de dos años en el "Passage de la Bonne Graine", nos admitieron en una escuela de mayor importancia, en cuyos cursos complementarios se preparaba para los diplomas de enseñanza.

Allí, entre los trece y quince años de edad, conocí la literatura clásica francesa, bajo la dirección de dos excelentes profesoras, cuyos nombres aun lo recuerdo: las señoritas Dickschen y Diguet. Estas dos señoritas de edad avanzada me recordaban por su presentación y distinción a las "señoras de clase" del liceo ruso. Admiraba sus hermosas manos blancas cuando se sacaban los guantes que traían para cambiarlos por aquellos que guardaban en la escuela. No puedo olvidar su bondad, su consagración a las alumnas, cualidad excepcional de su magisterio.

Entraba en el mundo de los grandes personajes. Leía a Racine y a Corneille. Este me exaltaba. Pero Racine me daba algo nuevo: la armonía y la música de las palabras sometidas a las reglas misteriosas de la rima y del ritmo, el valor de las palabras en sí mismas, no ya en cuanto signos de la realidad, sino en cuanto objetos que tienen su forma propia, su música y su magia, la poesía en fin, ¡la Poesía!

Los poemas rusos que había leído entre nueve y diez años no me habían dado tal revelación; a parte de su compás rítmico sólo eran para mí relatos como los demás. De esto no son culpables los poetas rusos, que tanto he querido después, sino mi alma de niño que entonces no podía comprenderles.

La historia de los héroes racinianos, la tragedia misma, no me impresionaba tanto como su lenguaje perfecto, su ritmo intachable, su desarrollo sin hiato a lo largo de su discurso. Era para mí un canto continuo, profundo, emocionante como el despertar de un mundo, como el nacimiento de un alma. Con él mi alma crecía, se profundizaba, abandonaba la infancia, empezaba a escalar los grados del sentimiento. Llevada por la dulce mano de la poesía raciniana entraba en una especie de crepúsculo melancólico y, poco a poco, el universo se dejaba ver en su maravillosa complejidad, en sus enormes interrogantes y en sus respuestas sin fin.

Debía tener un poco más de trece años cuando mi padre me hizo un regalo real: me compró la obras completas de Víctor Hugo. Diez o doce volúmenes rojos. ¡Qué incomparable tesoro y qué descubrimiento en el seno mismo de la poesía eran aquellos poemas que brillaban cual soles de fuego en todas sus imágenes! ¡Cuántas palabras nuevas; y qué variedad de formas poéticas! Víctor Hugo me hacía la impresión de un dios del Olimpo. Me parecía un ser tan poco semejante a los de nuestra especie que cuando mucho más tarde conocimos en el círculo de nuestras relaciones a su biznieto Jean Víctor Hugo, me pareció también tan extraño y maravilloso como ver incorporarse a la vida real a algún personaje de Blanca Nieve o de la Bella Durmiente del Bosque.

Racine me emocionaba más profundamente, pero Víctor Hugo me sorprendía más. Con él di un paso en el conocimiento de la humanidad leyendo "Los Miserables", mi primera novela. Esta lectura me apasionó; me ponía en profunda comunicación con seres creados por un poeta.